

IDEANDO LIBERTAD

Luis J. Pérez



Título original:
Ideando libertad

Primera edición digital: noviembre de 2017

© 2017, Luis J. Pérez
Todos los derechos reservados

Ilustración de la cubierta:
Jota Han

ISBN: 978-84-697-7441-0

Made in Spain
Hecho en España

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Consulte nuestra página web www.esenciafiction.com desde allí podrá descargar y conocer toda la actividad relacionada con *Ideando libertad*.

Más allá de la mente humana
hay un espacio llamado libertad.

Con todo el amor para mis hijas, Ana y Valentina.

“Mi vida ha estado repleta de terribles desgracias,
la mayoría de las cuales nunca sucedieron”

Michel de Montaigne

1

Bernie Closs volvía a casa, era tarde. Caminaba acelerado por un pasillo del metro en dirección al andén de la línea roja. Hacía un rato que había salido del trabajo pero seguía sumido en sus pensamientos. Aunque había terminado y enviado su parte, continuaba dándole vueltas a unas filas de código que había tenido que cambiar bajando la intensidad del juego para el usuario.

<<No soy partidario de ponerle puertas al campo pero de otra forma me salía de la banda máxima recomendada... así Resnet no acepta el desarrollo>> pensó resignado, relevando su responsabilidad a la política de la empresa y disminuyendo su ya muy acelerado paso.

Metro ochenta de cuerpo atlético y pelo corto. Vestía un mon traje gris claro con el logo de Resnet Corporation, todavía no se había quitado las gafas de protección ni la mascarilla estándar.

La potente iluminación del subsuelo hacía que pareciera de día aunque fuera de noche y le hacía olvidar que estaba a cien metros bajo tierra. El tren causó un gran estruendo al entrar en la estación. Guardó las gafas-mascarilla en su pequeña mochila, solo eran precisas en el exterior. Notó un pinchazo en el lado superior derecho del cerebro, le ocurría de vez en cuando al retrasar la dosis de Propilium. <<¿Ya se ha diluido la toma de la comida?>> se preguntó extrañado. Durante un instante sintió el contacto, en el bolsillo de su pecho, de la pistola de inyección. Valoró ponérsela allí mismo pero sintió vergüenza, así que concluyó en dejarlo para más tarde.

El vagón estaba medio vacío. <<No hay chicas guapas, apenas un puñado de personas y algunas "latas robóticas">> observó al entrar. Los anuncios laterales de las pantallas electrónicas asaltaron su dispositivo invadiendo su mente con publicidad de Propal y de Propilium, fabricados por el monopolio estatal Shatfarma.

Sonaba un estribillo vírico, muy pegadizo, de esos que se tararean una y otra vez sin que puedas quitártelo de la cabeza. Una joven atractiva, morena y aparentemente abierta a la aventura, posaba con el torso desnudo desde una playa con muchas palmeras, sol cálido, arena blanca y aguas cristalinas. Explicaba cómo el Propilium convertiría cualquier experiencia poco apetecible en algo tan apasionante que pasaría rápidamente. Lo aderezaba con las emociones de su aparente felicidad.

<<Además mejora el sueño y previene el chispazo... ¡Las pastillas doradas ahora más baratas...!>> decía agitando un frasco cuando Bernie decidió cortar el anuncio y aumentar el nivel de privacidad en su dispositivo. Desaprobaba ese interés comercial latente y constante en llenarle la cabeza de imágenes, sentimientos y emociones. Lo sufría y lo evitaba gracias a su conexión con el mundo mediante su dispositivo, una pequeña placa electrónica de apenas un centímetro cuadrado incrustada a nivel subcutáneo. <<¿Un mal necesario?>> pensó mirando la tintineante luz verde en su muñeca derecha.

<<Mejor sin conexión>> instruyó sentándose solo, sin nadie al lado, viendo como la luz dejaba de tintinear. Se resistía a la locura de consultar constantemente su dispositivo y a la falsa necesidad de estar conectado permanentemente con el mundo. <<¿Es realmente preciso?>> pensó, rebelándose por un instante, recordando una estrofa de una de sus canciones preferidas.

- “Mundo circular, frenética y virtual vida global...” –tarareó, sonriendo al instante por lo ridículo de la escena.

De una u otra forma era parte de aquello y a pesar de todo no tenía el valor suficiente para escapar del hormiguero. Engrosaba las filas del enemigo como programador, de hecho por la tarde había terminado el módulo emotivo para un vivideojuego, que ahora mismo debían estar incorporando en la aplicación matriz sus colegas de Resnet Corporation del otro lado del globo. Pronto estaría enganchando, haciendo perder el tiempo, a millones de personas en todo el planeta. <<¿Qué tal?, ¿se encuentra usted alimentando la

ilusión generalizada?>> recordó el saludo amistoso entre compañeros de la empresa, sin poder reprimir otra sonrisa.

Miró su muñeca. La luz verde de su dispositivo, perfectamente integrada bajo su piel, confirmaba el estado latente de su yugo. <<Tras diez horas de trabajo no responderé a una oleada de preguntas>> pensó imaginando cómo los mensajes se acumulaban sin respuesta en la bandeja de entrada, reprimiendo un incipiente sentimiento de culpa y el automatismo de querer acceder a su dispositivo para verlos. Si hubiera estado operativo habría condenado a desaparecer para siempre esa doliente autoexigencia de permanecer siempre conectado. En otras épocas la violencia contra sí mismo había alimentado la subsistencia de la especie, ahora estaba simplemente excluida de lo programáticamente deseable.

Bernie atusó su barba de dos días, observó la pared de enfrente del vagón. Dejó que su mirada se perdiera en el infinito unos instantes. <<¿Es esto lo que quieres?>> sonó en su cabeza naturalmente. <<¿La primera línea del código de cultura corporativa de Resnet?>> pensó sorprendido por su propia pregunta.

Hacía apenas cuatro años que terminara el comúnmente llamado Cepeó, Curso de Psicología Oficial, para con su salario poder pagarse los estudios de Ingeniería en Computación. Al acabar la carrera había entrado en Resnet Corporation donde programaba en la sección de aplicaciones para dispositivos, normalmente en el módulo emotivo-sensitivo o en el de seguridad, tanto para proyectos de empresas como para el propio gobierno. Algo práctico, en boga, y bien remunerado.

Las pantallas electrónicas diseminadas por el andén bombardeaban con seriales de variadas temáticas a los pasajeros. Capítulos cortos e intensos solo disponibles en la red del suburbano. Si alguno te enganchaba podías seguirlo con tu dispositivo, que lo retransmitiría gratis a tu mente a cambio de un poco de privacidad que garantizaría mayores conversiones publicitarias futuras.

<<Conexiones a la situación anímica y sensorial de los participantes, según el grado de intensidad configurado en cada dispositivo... ¡Basura virtual!>> se dijo Bernie, conocedor del código de todo aquello, apartando la mirada.

<<Un nivel inferior de comunicación, embrutecido, burdo... La televisión... La evolución de la caja tonta del siglo pasado incorporando el vivir, plasmado en los sentimientos y sensaciones de los participantes...>> pensó Bernie, prefiriendo cambiar de tema y dejar de lado la rivalidad sectorial entre su mundo de aplicaciones y el de la televisión.

En otros asientos más apartados del vagón había tres personas, en el de enfrente solo un robot humanoide en medio de la fila de cuatro lugares. Se sentaban para aparentar normalidad, realmente no lo necesitaban. Era un modelo estándar, relativamente nuevo, de los que se utilizan para los recados. Contaba con una gran barriga donde llevar la mercancía y así evitar que otras personas se la pudieran quitar.

- ¿Qué Bernie?, ¿ya toca volver a casa? –le dijo el robot.

Tras una breve sorpresa Bernie lo miró con cierta lástima, a pesar de que se preguntaba cómo había averiguado su nombre, no le contestó. <<Si el humano está perdido en los tiempos que corren, el robot está jodido>> pensó sin lástima. <<Con su inevitable servidumbre y la obligación de proteger a los seres vivos junto con la Ley de Reciclaje Obligatorio, la vida útil de estas máquinas es usualmente corta... 4 o 5 años como mucho>> reflexionó.

Se veían multitud de robots en las calles, generalmente haciendo recados o trabajos que podían desempeñar mejor que el hombre. La industria robótica había despegado con fuerza a finales del siglo pasado, en los albores de la Regresión, y su pujanza no había cesado. Las puertas se abrieron súbitamente al llegar a la estación 4 de la línea roja.

Bernie giró la cabeza al escuchar los gritos que procedían del vagón de al lado, una mujer recién subida permanecía en pie en la entrada. Gesticulaba con los brazos, moviéndolos de arriba a abajo, haciendo una especie de ejercicio. Vestía una holgada túnica blanca con capucha y amplios ribetes dorados en las mangas, de repente comenzó a gritar en un idioma extraño. Bernie se resistió a cambiar el modo de su dispositivo para traducir simultáneamente lo que pregonaba.

<<No me importa>> se dijo sintiendo cansancio. <<Parece una predicadora... Charlatanes que anuncian la salvación... ¿Con salvarse a sí mismos no tienen suficiente? >> se preguntó Bernie.

Observó cómo en un instante el robot se levantaba, sorprendentemente ágil, y se colocaba a su izquierda del otro lado del asiento, guiñándole un ojo.

- ¡Heeyyy! –reaccionó Bernie, sin entender lo que pasaba.

<<¡BOOOM!>>.

Una gran explosión sacudió el vagón contiguo al que iba Bernie, al tiempo que la onda expansiva lo empujaba al suelo en la fracción de segundo siguiente. La metralla metálica destrozaba lo que encontraba a su paso: cristales, pantallas, asientos y perforaba su carne. Bernie notó los impactos y después el dolor en su pierna derecha. Se quedó quieto, tardó un momento eterno en reaccionar. No había ruido, súbitamente todo había cambiado. El silencio se veía alterado por el chisporrotear eléctrico de los cables sueltos y un dolor intenso en el oído izquierdo. Llevó su índice al trago, apretó ligeramente y se sintió mejor por un largo instante.

Las luces de servicio y los anuncios laterales se habían apagado. El humo lo llenaba todo, el piloto azul de emergencia tintineaba en la semioscuridad del vagón. Se sentía conmocionado, hizo un esfuerzo por girar la cabeza. Una atmósfera humeante lo inundaba todo.

Tenía la pierna derecha ensangrentada, sentía el cuerpo magullado por la caída, escuchaba un zumbido constante en los oídos y le dolía la cabeza. Reactivó la conexión de su dispositivo para constatar su estado y tratar de contactar con algún otro superviviente. Observó de reojo, la luz verde intermitía y se sintió aliviado.

<<Aparentemente nada grave, heridas en la pierna derecha, golpes, contusiones y una lesión en el oído>> constató con su aplicación de salud. Bernie se animó tras el diagnóstico y sondeó los alrededores, buscando otras personas. El constante y repetitivo pitido dentro de sus tímpanos le desesperaba.

<<¿Estoy solo?>> se preguntó, intensificando la señal de localización de su dispositivo.

Miró alrededor, había trozos de carne ensangrentados y un asqueroso olor a pelo y uñas quemados. Se arrastró, tocó algo pringoso y blando con la mano, no quiso verlo. Sentía fuertes punzadas en la pierna, siguió arrastrándose en dirección a la puerta.

- ¿Hay alguien ahí? –intentó gritar, aunque apenas un chorrillo de voz salió de su boca.

Se quedó quieto, sentía frío. Pasaron unos minutos muy largos. Su dispositivo detectó voces varios kilómetros a lo lejos, provenían de los raíles. <<Me encontrarán en un rato>> pensó alegrándose.

El robot que le había protegido tenía perforado el casco por la metralla, la onda expansiva lo había empujado por encima de la barandilla de su asiento y no se movía. <<¡Me ha salvado la vida!>> pensó acercándose, estirando el brazo para tocarlo.

<<Está frío, probablemente siempre lo ha estado>> concluyó.

El vagón contiguo y la parte cercana del suyo eran un amasijo de hierros retorcidos. La unidad que le salvara la vida estaba chamuscada por un lado, tenía varios agujeros en la cabeza y sus

circuitos chisporroteaban. Bernie siguió arrastrándose de lado como podía, apoyándose en los codos y en su pierna izquierda, mientras la derecha le dolía cada vez más.

La luz se filtraba por las entreabiertas y dobladas puertas del vagón. <<Debió explotar en el momento en que se cerraban>> pensó tratando de aferrarse a la lógica, buscando su pistola con la dosis de Propilium. <<Está rota, debí haberlo consumido antes>> pensó decepcionado, tocando la tela humedecida sobre su pecho. Se volteó hacía arriba y se abrazó a sí mismo. Sentía frío y ese zumbido constante. <<¡Ojalá pudiera limitar la audición!>> se dijo, razonando que no debía hacerlo si pretendía escuchar si alguien se acercaba.

<<El techo está negro y ondulado>> observó, a pesar de la escasa e intermitente iluminación azulada del piloto de emergencia. Los pinchazos en la pierna continuaban, parecía que sangraba más. Las voces y el sonido de pasos apurados se acercaban por el andén. La luz de una aerocámara atravesó los fragmentados cristales de la ventana para surcar la penumbra del interior del vagón. Bernie alzó lentamente la mano, mientras mentalmente trataba de mandar un mensaje de alerta a su perfil social. La luz verde en su muñeca brillaba intermitente, aun así no estaba seguro de que funcionara bien.

<<Imposible, habría saltado un aviso>> concluyó restando importancia a sus miedos. <<Tienen que encontrarme>> pensó para infundirse ánimo. El olor era nauseabundo. Bajó los párpados y utilizó su dispositivo para limitar su capacidad olfativa, cerrándose un poco más en sí mismo.

- ¡Hey! Tenemos un superviviente cerca de la zona cero –dijo una voz juvenil, que aceleraba los pasos en su dirección. Varias aerocámaras con sus focos sobrevolaron los alrededores.
- ¡Aquí, aquí...! –trató de gritar Bernie, levantando el brazo de su dispositivo, sacándolo entre las puertas dobladas del vagón mientras sentía la ilusoria felicidad de no estar solo.

- ¡Ya te tenemos!, ¡Tranquilo, estarás bien! –dijo la misma voz mientras notaba el tacto de lo que parecía una mano, no quería soltarla– Mete el brazo, vamos a abrir estas puertas.
- John, trae la pala –indicó– aeros, iluminad aquí, tú no te preocupes, vas a salir en unos minutos, reduce tu capacidad auditiva y échate lo que puedas para atrás –le instruyó.

Para reducir el pitido ya lo había hecho así que se ahorró la respuesta. Se movió apenas unos centímetros, sentía que el frío subía desde su pierna derecha y un constante dolor en la cabeza. Su mon traje gris estaba hecho jirones.

Apenas escuchó el ruido del vuelo de las aerocámaras y los golpes de la pala para abrir las puertas. <<Vivo por casualidad>> concluyó observando los restos del robot, mirando de nuevo al techo. Se sentía cansado, como si hubiera realizado un ejercicio físico agotador. El horror estaba grabado para siempre en su subconsciente y lo sabía. Había leído los testimonios de otras víctimas de explosiones suicidas, lo había estudiado en el Cepeó. Se sintió afortunado por estar vivo.

- Bernie, ya estamos contigo –dijo la voz juvenil-. Retiramos las puertas y te sacamos de ahí... ¡John, quita este bloque! –gritó.

Sintió el contacto de una mano sobre su pecho y surgieron espontáneamente varias lágrimas de sus ojos. Se sorprendió, no entendía porque ocurría eso. Bernie se limpió con la mano como pudo, disimulando su humanidad.

- Vamos a llevarte a un hospital, aunque tras un examen preliminar parece que milagrosamente estás bien... Es para protegerte –comentó una mujer enfundada en un traje blanco médico–. Si lo deseas cierra los ojos.

Observó la máscara integral de la doctora, le cubría toda la cabeza pero podía ver su melena. Decidió calmarse, dejarse ir. Alguien le agarró por los tobillos, otras manos por los hombros y al unísono le

dejaron sobre una aerocamilla. Sintió un nuevo pinchazo en el cuello. Todo a su alrededor comenzó a diluirse, las molestias corporales se difuminaron.

- Esto hará que te sientas mejor, felices sueños –dijo la doctora-. Te acompaño, descuida -añadió para darle confianza, avanzando a su lado.

Vio como se movía el techo del andén y alzó su muñeca, se le cerraban los párpados. <<Naranja... Seguimiento...>> pensó mientras todo se desvanecía.

- Estarás bien –reiteró la mujer, agarrándole cariñosamente la mano.

2

Keylor Mayo, varón de cuarenta y cuatro años, de vuelta de todo, delgado a golpe de tratamiento metabólico y en la flor de la vida. Canoso con algo de barba, atractivo y aniñado, vestía una enorme peluca negra rizada, una nariz redonda roja de pega y un holgado traje con círculos de colores y tirantes negros. Su voz grave marcaba de autoridad sus frases. Tras una superlativa montura oscura carente de cristales miraba a los concursantes del *show*, ligeramente por encima de sus ojos, a la altura de la frente tal y como le enseñara su abuelo.

- ¡Mírame... a... los... ojos! –gritó, asustando al joven asiático que se hallaba frente a él y que extrañamente no había querido compartir su identidad con el público.

Keylor trataba de detectar la probabilidad de insumos no permitidos en su dispositivo con la aplicación Frontera, instalada al efecto en el suyo, utilizada normalmente por los agentes fronterizos.

La enfervorecida multitud gritaba a unas decenas de metros, tras las puertas automáticas y los robots estáticos de control de acceso a los Estados Unidos Americanos. Esperaban engalanados y con pancartas de bienvenida a sus seres ahora queridos y en otras ocasiones, fruto de la confianza y las expectativas, despreciados. La salida de la terminal 4 del puerto espacial de Midtown estaba repleta, la retransmisión del programa había causado un gran tapón de personas a ambos lados. La libertad en su grado máximo les esperaba en los EUA, pero antes debían pasar el control de seguridad ahora en manos del afamado presentador.

<<¡Irónico!>> pensó Keylor para sus adentros no retransmitidos por la televisión, al observar la estampa.

La actividad estaba restringida a una única cola donde él se encontraba, la del puesto fronterizo 29 el resto se extendían vacíos en la explanada. La multitud se agolpaba para ver el *show* planetario.

Las aerocámaras de la CNBU sobrevolaron a Keylor, que mantenía una mirada inquisidora sobre el joven de ojos rasgados, pelo corto y apenas un metro sesenta de altura. <<No siempre fue así>> pensó recordando con añoranza los programas de investigación.

Aunque Frontera había arrojado una luz verde, el asesor contratado por el departamento de Operaciones quería extender el momento y pasar al chico por uno de los diez arcos de acceso de la terminal. Al accionarse la puerta del arco de acceso sus capas exteriores comenzaban a girar alrededor del sujeto para escanear toda su información, atrapándolo momentáneamente en una especie de bala plateada. Esas seis capas metálicas analizaban, en apenas unos segundos, el contenido de su dispositivo o de cualquier otro aparato que llevara el viajero. Frederic, el agente del puerto espacial que asesoraba al programa, tomó protagonismo desde la cabina de comentarista.

<<En efecto, muchos pasajeros llevan protección en sus dispositivos ante el análisis de Frontera...>> comunicó Frederic buscando alguna señal de nerviosismo en el joven. <<Por su perfil es mejor pasarlo por un arco de acceso>> dilucidó rascándose la barbilla, bajo su gorra negra con el águila y las estrellas de los EUA.

- En este caso es sospechoso por viajar solo, su edad, sexo... Un conjunto de factores hacen que lo cataloguemos de alto riesgo –dijo levantándose de su asiento-. ¡Apuesto a que lleva algo! -pronosticó, enalteciendo los ánimos de los tevidentes.

Keylor alzó los brazos apuntando en dirección al arco de acceso. El chico ya sabía lo que eso significaba, pero se mostraba tranquilo. Realización enfocó el arco número tres, el más cercano al puesto fronterizo 29. La zona central donde se debía colocar estaba marcada

con dos huellas naranjas y un círculo de seguridad, contrastaba con la ancha puerta metálica en forma de arco que rodeaba la estructura.

Las luces del contorno de la puerta se encendieron. La agente Sandy Mayers salió a escena, enfundada en un ajustado uniforme negro, similar al oficial, con gorra y un antifaz negro. El público enloqueció al ver aparecer a la guapa colaboradora de Keylor. Sandy guiñó un ojo a sus seguidores, que comenzaron a vitorear su nombre.

- ¡Acompáñame! –dijo imperativa al chico, empujándole en la espalda con el cañón de su recortada hasta llegar a la entrada del arco de acceso número tres.
- ¡Pon los pies sobre las suelas naranjas! –instruyó apartándose ligeramente-. ¡Cierra los ojos y no te muevas! - ordenó mientras el chico se preparaba.

A unos metros del perímetro de seguridad Keylor se acercó al pequeño atril de control, le hizo una señal al joven para avisarle y apretó el botón verde que accionaba el arco, mientras Sandy seguía apuntando al chico. Los segmentos de la puerta metálica del arco empezaron a separarse y a girar alrededor del joven a distintas velocidades, formando una especie de cilindro plateado que impedía ver el interior, emitiendo un silbido agudo que se intensificaba con la velocidad. El silencio se hizo en la terminal. Tras unos segundos una potente luz verde indicó que estaba libre de sospecha y los segmentos comenzaron a decelerar lentamente.

El chico levantó los brazos con cautela contento por el resultado mientras el público abucheaba, demandando acción. A Keylor le contrariaban ese tipo de reacciones colectivas. Le recordaba cuando hace años una multitud se abalanzara sobre su autocoché para zarandearlo mientras celebraban la victoria de liga de los Midtown Rangers, el equipo de baloncesto de la ciudad.

- Efectivamente, parece libre de contenidos ilícitos –reconoció Frederic visiblemente decepcionado-. Es trigo limpio – anunció.

Keylor hizo una nueva señal con los brazos y el joven salió corriendo en dirección a la tierra de la libertad, sonriente. En los EUA le esperaban sus familiares para abrazarlo.

- Tras una visita al sur de Europa, ya estoy de vuelta –comentó a una de las aerocámaras-. Sí, estuve de viaje de estudios, por un año... –aclaró, lanzándose sobre sus padres y hermano que le aguardaban para llevarlo a casa.
- Una historia conmovedora –replicó Keylor, algo burlón-. Como todas las que tienes aquí, con nosotros, en el *show* de Keylor en la CNBU –apuntó con un primer plano.

<<Keylor, toca publicidad simulada sobre la escena actual>> informó el asistente de realización, conectando a la emisión la bocina y el estribillo del programa.

Hacía tiempo que a Keylor le daba igual que usaran su imagen para todo tipo de anuncios, era uno de los sacrificios que tenía que hacer.

- Si vas a trabajar, no olvides tu ampolla inyectable de Propilium, ahora con efectos rápidos... Ya no tendrás que esperar una larga hora para comenzar a sentir los efectos de la magia dorada -decía su imagen simulada, caminando cerca del arco número tres, cogiendo una pistola de inyección y descargándola sobre su cuello virtual.
- ¡Es estupendo! -añadía con ímpetu- ¡Ya podemos seguir! - comentaba eufórico, corriendo hacia aerocámara, preparado para la acción.

<<Afortunadamente no es real>> pensó Keylor, aunque había probado la droga no era de su agrado, a pesar de sus potenciales efectos preventivos ante el chispazo y su capacidad de reducir y asegurar el descanso diario necesario.

- Además ahora... incluye una mejora de un 25% en la eficiencia del sueño, de forma gratuita -añadía una voz grave, terminando el anuncio.

<<Volvemos...>> pensó mirando a Sandy, a solo unos metros de distancia. <<A saber cuántos se ponen cachondos con la sexoservidora electrónica de Sandy. Su imagen sexista contribuye al éxito del programa...>> reflexionó colocándose de nuevo la nariz roja de goma. <<Menos mal que hace tiempo he dejado los prejuicios de lado>> se dijo sin evitar media sonrisa lacónica, al ver donde había acabado.

Un breve *flashback* le recordó a su abuelo Enrico Mayo, el último payaso de la familia y precursor de la televisión a principios de siglo. <<Una bocanada de aire fresco en plena Regresión, le habría encantado ver esto>> pensó dudándolo, lanzándose a escena, bajo los focos de las aerocámaras, la música y las emociones enlatadas de su *show*.

- ¡Así es! Nuestra siguiente participante... -dijo seguido de un redoble de tambores-... Fausta Garmen... -rápidamente dos aerocámaras enfocaron a la vieja señora, que vestía gorro, chaqueta, pantalón fino y un vistoso collar de flores secas de colores, mientras se apoyaba en un sencillo bastón y saludaba con la otra mano.

El resto de viajeros aguardaban pacientes, disfrutando del espectáculo, haciendo fila tras ella en la paralizada terminal 4 del puerto espacial de Midtown.

- Bienvenida Fausta... Me gusta su collar... -intimó Keylor arrancando una sonrisa a la vieja- Como sabe... ¡Míreme... a... los ojos! -gritó Keylor haciendo su archiconocido gesto de enarcar la ceja derecha, mientras con su dispositivo realizaba el análisis preliminar de sus contenidos con Frontera.

Keylor sentía respeto por la gente mayor. La luz roja del puesto 29 se iluminó, al tiempo que las aerocámaras enfocaron a Fausta con luces rojas parpadeantes y alarmantes ruidos de sirena. Keylor observó a cabina, esperando instrucciones del asesor. Frederic dio su aprobación, satisfecho, sonriente. Nunca se había sentido culpable al cumplir con su trabajo.

La multitud empezó a gritar y a entusiasmarse con las posibilidades de la nueva concursante.

- ¡Vaya! –indicó Keylor acercándose, moviendo adelante y atrás la cabeza en gesto de sospecha- ¿Quién lo iba a suponer? –dijo mirando a aerocámara arqueando de nuevo su ceja derecha mientras dos agentes avanzaban apuntando con sus fusiles Taser hacia la indefensa viejecita.
- No entiendo... –comentó la señora, ante sorpresa de todos, con mucha credibilidad.
- Bien, no se mueva Fausta –dijo Keylor siguiendo las instrucciones de Frederic.

Tanto el resto de viajeros de la terminal 4 como el público tras las puertas automáticas desde los EUA comenzaron a corear emocionados.

- ¡Borrado...!, ¡Borrado...!, ¡Borrado...!

<<Está cargada hasta las cejas de contenidos prohibidos>> comentó Frederic desde su cabina en el puesto noventa y dos. <<Debe ser guiada al arco de acceso para proceder al borrado>> apuntó sintiéndose realizado, satisfecho de su labor. La multitud comenzó a aplaudir pues era lo que querían ver y sentir.

- Mi compañera Sandy, la guiará hasta el arco de acceso Fausta –dijo Keylor-. No se preocupe –indicó serio-. El borrado es absolutamente... indoloro –dijo con una amplia sonrisa, estirando los brazos, ante los vítores y aplausos del público.

- No te tengo, ni idea... de cómo ha llegado todo eso ahí... – protestó Fausta apuntando a su muñeca.

<<Ni nos interesa>> comentó Frederic. <<Nosotros solo hacemos que se cumpla la ley, en otros tiempos enviaban a los culpables a una cárcel para privarles de su libertad así que considérese afortunada>> espetó el agente a través de su dispositivo.

Sandy apoyó la boca de su escopeta recortada en la espalda de Fausta, como había hecho con el chico asiático antes, y la empujó levemente, consciente de su lentitud al caminar con el bastón.

- Camine hasta el centro del arco, deténgase sobre las huellas naranjas en el suelo, pegue sus brazos al cuerpo y cierre los ojos –indicó sin miramientos ante la expectación de los tevidentes.
- Según la aplicación del artículo 7p de la Ley de Fronteras 13/2146 tiene usted derecho, como ciudadana de la Unión, a guardar silencio y al acceso a los EUA, libre de contenidos potencialmente dañinos para usted o para la comunidad – recitó Sandy frente a Fausta, mientras se encendían las luces perimetrales del arco. El público enmudeció, atento a las sensaciones de Fausta.
- ¿Desea usted acceder a los EUA? –preguntó Sandy.
- Sí –respondió Fausta mientras se le aceleraba el pulso.

Keylor apretó el botón verde del atril. Las seis capas metálicas comenzaron a girar envolviendo lentamente a Fausta, pronto desapareció en el interior del túnel metálico del arco de acceso. Una luz roja confirmó los contenidos en su dispositivo adelantados por Frontera. Keylor apretó el botón naranja y un brillo cegador inundó el interior del aparato, el sonido de una campana y la luz verde anunciaron el éxito del borrado. Los segmentos de la puerta comenzaron a frenar lentamente.

- ¡Libre de acceso!, ¡Contenidos eliminados! -dictaminó la voz asexual del programa del arco de acceso, para júbilo de los

presentes que estallaron en aplausos ante otra exitosa actuación de Keylor y su equipo de emuladores.

Las aerocámaras captaban planos de los asistentes y de la terminal, los tevidentes disfrutaban de todas las sensaciones.

- Efectivamente, todo ha sido eliminado. Fundamentalmente portaba simulaciones no permitidas, que podrían alterar peligrosamente su estado físico o emotivo –apuntó Frederic viendo los resultados, mientras la anciana caminaba, apoyada en su bastón, hacia las puertas de entrada a los EUA.

<<Desde los EUA hacemos un análisis muy concienzudo de aquellas aplicaciones que podrían suponer un riesgo para la salud de los ciudadanos>> alardeó Frederic, ajustándose la gorra.

<<PIRIVIPI, VIIPI, VIPI, PIII...>>.

La sintonía de despedida del *show* anticipó la puesta en funcionamiento del resto de accesos y la vuelta a la normalidad de la terminal 4.

- ¡Gracias a todos por su atención! –dijo Keylor golpeándose con el puño cerrado sobre el corazón, enarcando de nuevo su ceja derecha, quitándose la nariz de goma y la enorme montura para ofrecer una reverencia con su brazo, dirigida a los presentes y a los tevidentes de todo el planeta.

A su lado Sandy también saludaba, mientras las personas se dispersaban y los agentes del puerto espacial volvían a sus posiciones. Las dos horas de descanso habían acabado. Los paneles electrónicos con sus números de puesto se encendían en hilera en la enorme sala de llegadas de la terminal 4. Las aerocámaras captaban el rebumbio natural del puerto espacial, un lugar que había dejado de ser solo de paso por unos momentos. Siguieron recogiendo las últimas tomas mientras producción de la CNBU daba entrada a las noticias de John McClore.

<<¡Sal o no te dará tiempo!>> comunicó Sandy guardando su recortada, mientras Keylor consultaba la alarma. <<¿Es que ya quieres deshacerte de mí?>> vaciló a través de su dispositivo.

- No te estreses... Estamos dentro de la misma terminal -dijo acercándose a su guapa colaboradora.

Keylor aceleró el paso por los pasillos del puerto espacial, los conocía demasiado bien. Sandy le seguía de cerca, escoltándolo. <<Ahora sí, cumpliendo con mi trabajo>> pensó la agente sonriendo, revisando perfiles cercanos en busca de cualquier amenaza.

- Es ahí a la derecha, la H145 –informó la agente Sandy Mayers antes de llegar a las inmediaciones de la puerta de embarque.
- Gracias... Te queda bien ese traje con antifaz –insinuó Keylor-. Mejor que el de policía metropolitana de Midtown –concretó, pasando su muñeca sobre el sistema de control de acceso.

Tras un pitido de verificación, la puerta se abrió deslizándose fugazmente.

- Con esa peluca no puedo creer nada de lo que digas –replicó hábilmente Sandy, despreocupada, risueña, observando como Keylor desaparecía sin mirar atrás, alzando una mano en señal de despedida.

Siempre le parecía emocionante subir a la Chronos, una pequeña aeronave con capacidad máxima para nueve personas en tres filas de asientos, modernos motores mixtos y piloto automático. Anteriormente había servido para hacer viajes a las capas altas de la ionosfera, pero al pasar el *boom* de los viajes suborbitales y quebrar su compañía propietaria, la CNBU la había comprado y adaptado para deleitar a clientes y directivos.

<<Bienvenido señor Mayo>> saludó la computadora de a bordo de la Chronos, verificando la estanqueidad del habitáculo.

- Me sabe mal, pero aquí estoy –respondió Keylor, con cierta ironía.

<<La pequeña placa de inteligencia artificial dará vueltas a mi respuesta por un rato>> pensó observando la pequeña puerta de acceso a la sala de mando, otrora más grande y con toda clase de botones e indicadores que los pilotos de carne y hueso utilizaban para dirigir los vuelos suborbitales. <<Esa profesión debía ser emocionante>> pensó preguntándose por qué había elegido informar y ahora entretener. <<La respuesta es demasiado obvia>> se dijo.

Fue a la parte trasera de la cabina de tripulación y abrió las puertas del armario. Metió la peluca, la montura y la nariz postiza en una bolsa de plástico, en otra su colorido traje con tirantes y todo en uno de los cajones con cremallera. Por la pequeña ventanilla lateral ojeó la ala de la aeronave Chronos y las luces azules parpadeantes del puerto espacial.

<<Curioso todo esto... Cosas de la vida>> pensó agarrando el traje de protección gravitatoria e introduciendo, en un precario equilibrio, una de las piernas en el interior del mismo.

<<Últimos ajustes... Señor Mayo, el plazo para el lanzamiento finalizará en unos minutos>> informó vía dispositivo la computadora.

<<¡Maldito traje de una sola pieza!>> pensó Keylor concediéndose un segundo de desesperación.

- De acuerdo, de acuerdo... –razonó estirándose sobre el suelo, donde siempre acababa, para terminar juntando los pliegues centrales y subir rápidamente la cremallera del traje de protección.

Agarró el casco, los guantes, un sobre frío de *whisky* Martins y corrió a sentarse en el asiento central de la última fila. <<Siempre me ha gustado sentarme al final de todo>> pensó riéndose solo, recordando cuando se sentía mayor por ir en los asientos traseros del transporte escolar.

<<Permiso para lanzamiento concedido, protocolo de despegue activado>> informó el sistema. Keylor percibió como los ruidos desaparecían, sustituidos por la música, en esta ocasión el “Duetto para cello y contrabajo” de Rossini de acuerdo al contenido clásico-moderno preseleccionado por su dispositivo.

Keylor apretó uno de los botones del apoyabrazos y los cinturones se entrelazaron sobre su pecho. Tras varios intentos logró enganchar su casco en el reposacabezas del asiento. Los engranajes de la plataforma de despegue comenzaron a girar, para poner a la Chronos en posición vertical e iniciar la cuenta atrás. Le resultó curioso el duelo entre los agudos y graves de cello y contrabajo.

<<Encendido de motores>> indicó el piloto automático mientras la gran pantalla electrónica de cabina, frente a los asientos, activaba la cuenta regresiva en grandes números rojos.

<<10, 9, 8, 7...>>.

<<¿A quién se le ocurrirá tanto dramatismo en cada lanzamiento?>> pensó Keylor mientras todo vibraba a su alrededor y él sorbía por la pajita el afamado *whisky* Martins, envejecido en barrica de roble durante al menos una década.

<<... 3,2,1... ¡Ignición!>>.

El estallido del combustible bajo las toberas elevó la aeronave. El violonchelo marcaba el ritmo que el contrabajo seguía. Todo tembló alrededor de Keylor, notó como la fuerza generada por la combustión lo empujaba contra el asiento. <<Cualquier día salgo despedido>> pensó, sintiendo el bamboleo de su cabeza dentro del casco.

Relajó el cuello, agarró con más ahínco el sobre plástico de *whisky* y observó las imágenes de la pantalla electrónica de cabina. Poco a poco la música fue cesando, para dar paso al estruendoso ruido, ya atenuado, de los cohetes. <<Todo empequeñece con la distancia>> reflexionó, mirando los miles de círculos de colores de las pistas de despegue del puerto espacial de Midtown. La velocidad de la aeronave aumentaba para escapar de la atracción gravitatoria terrestre.

<<El hábitat natural del hombre>> pensó ascendiendo. <<¡Que forma tan poco digna de tomar *whisky*!>> concluyó, sorbiendo de nuevo por la pajita mientras éste bajaba, purificando, quemando su garganta. <<El bullicio queda atrás, en esa pelota contenida>> apenas habían pasado unos minutos y ya observaba la curvatura de la Tierra. Pronto el vacío y frío espacio rodearía la estructura de la vieja Chronos.

<<Alcanzando la parte superior de la ionosfera>> informó la computadora.

Los cohetes se apagaron para dar paso al silencioso motor de microimpulso nuclear. El gas calentado a altas temperaturas por el núcleo radiactivo accionaba la turbina a decenas de miles de revoluciones por minuto para generar electricidad e impulsar la aeronave. La próxima parada sería la Estación Espacial Helios.

- ¡Plink! -sonó en cabina.

El indicador de los cinturones se apagó y tanto estos como el casco se desabrocharon, liberando a Keylor del asiento.

La falta de gravedad lo elevó suavemente sobre la fila de asientos hasta el techo, por la ventana divisó la oscuridad. Su traje activó la protección gravitatoria, los círculos de colores situados en las principales articulaciones pasaron del negro al verde. El traje aplicaba diferentes grados de presión sobre determinadas zonas del cuerpo, para estimular el flujo sanguíneo, mientras aumentaba la masa del

sujeto a medida que disminuía la atracción gravitatoria. Lo hacía de forma gradual con una escala de colores en los círculos, también protegía el cuerpo de Keylor de las peligrosas radiaciones solares y galácticas del espacio.

Keylor bajó levemente de altura y se impulsó con la mano libre. Su pericia, adquirida por la práctica, le permitía maniobrar y seguir dando sorbos del sobre plástico de *whisky* Martins. <<No será científico pero aquí arriba sabe mejor>> se dijo.

- Estación Espacial Helios encontrada, determinando ruta de entrada. En unos minutos nos dirigiremos a su encuentro - informó el piloto automático de la nave.

La pantalla electrónica de cabina enfocaba a la Estación Espacial Helios y ampliaba su lejana imagen, una enorme estructura en forma de piruleta construida hacía casi un siglo en los astilleros lunares y que orbitaba la Tierra desde hacía mucho tiempo.

<<Nunca me acostumbraré>> pensó disfrutando del momento.

<<Patrocinado por la resolución 2091 de Naciones Unidas, la CNBU... y todos los que hacen que esto sea un ida y vuelta constante>> brindó en silencio, alzando el sobre plástico en supuesta dirección a la Tierra, maldiciendo la ausencia de posibilidades de evitar aquel exilio forzoso.

<<Cielos despejados>> se dijo, observando las luces artificiales en la noche de los EUA en la pantalla de cabina. Aquello le recordó que debía una llamada, instruyó la conexión con su dispositivo.

- ¡Hola capullo! –contestó la voz aguda y familiar de Stuart Mills, quien desde hacía un par de años tomara su defensa contra la persecución legal que sufría a todos los niveles por parte de la UPA y sus secuaces.

Stuart era responsable de bloquear las solicitudes de extradición, invalidar las órdenes de captura automática emitidas por decenas de países, recurrir las múltiples denuncias de ciudadanos de los EUA a sueldo de la UPA y anular toda la artillería jurídico-administrativa imaginable que utilizaban en su contra.

Aparte de todo eso estaba el alto riesgo de sufrir un atentado por encargo de las facciones más integristas de la UPA, grupos tácticos de países amigos, robots programados o simples mercenarios con ansias de ganar una suculenta recompensa. <<¡Un millón de estándares!>> le comentara Stuart que ofrecían por su cabeza. Aquello le obligaba a vivir en la Estación Espacial Helios, un lugar inaccesible, seguro y controlado.

Su calidad de refugiado periodístico estaba avalada por la resolución 2091 de Naciones Unidas, al ser consecuencia no solo de sus programas de información sino del ejercicio de protección de sus fuentes. Keylor se había negado a revelar datos identificativos sobre el cómplice que le ayudara a entrar a la UPA y eso, por su seguridad, le impedía vivir en la superficie del planeta.

- Hola Stuart –replicó Keylor, desde el interior del casco- ¿adivinas dónde estoy? –añadió con ironía, mostrando el interior de la Chronos, en el ápice de un enfado- ¿Qué tal vas con el nuevo plan?
- Vaya... Me lo imagino. Nuevo plan... –pausó- Sí, estamos avanzando todo lo posible... –dijo subiéndose las gafas, arrastrando las palabras- pero sabes que es lento, hablamos de burocracia de alto nivel –aludió Stuart incorporándose de su sillón, en la décima planta de la torre Rainbow One, sede de la CNBU en Midtown-. No queremos dar un paso en falso y tener que volver a empezar, y además está todo el papeleo... –dijo mostrando el listado de recursos pendientes.
- Lo sé, lo sé... es que llevamos dos años con esto y por momentos pierdo la esperanza... –anheló Keylor- Sabes cuánto hecho de menos la compañía femenina ocasional, los antros y disfrutar de la fama... –insistió- ¿lo sabes?

- Haberlo pensado antes. ¿Por qué no entregaste al moro? – reclamó Stuart enfadado, a fin de cuentas él también se había visto perjudicado con aquel tedioso e interminable trabajo– Esto va muy lento... –recapacitó caminando de un lado a otro de su despacho- La semana pasada, gracias a Periodistas Sin Fronteras y la presión del director Kospin, el departamento de Comunicaciones de Presidencia incluyó tu caso en el listado de prioridades –comentó Stuart, esperando que Keylor se diera por satisfecho, sentando sus ciento veinticinco kilos sobre la silla, detrás de su escritorio- pero por el momento, por tu seguridad física y jurídica, deberás seguir subiendo y bajando –finalizó, colocándose de nuevo las gafas.
- Ya, lo mismo que la semana anterior... –respondió Keylor- “Nadie puede asegurar tu estancia aquí más allá del par de horas garantizadas por la 2091 de Naciones Unidas” –dijo Keylor imitando la voz del mayor Connors cuando le diera la noticia-. Bla, bla, bla... –añadió colgando la llamada.

<<Stuart lo entenderá y si no lo entiende me da igual>> pensó embargado por la impotencia.

<<“Más allá de las dos horas de seguridad comienzan los ataques a tu dispositivo, a las instalaciones donde te encuentres... el riesgo se multiplica y te conviertes en un objetivo fácil”>> rememoró su dispositivo, las palabras exactas que el mayor Connors le dijera al llegar a la Nueva Casa Blanca. Acto seguido él se había sentado en una de las cómodas sillas antiguas de la entrada, intentando asimilar lo que sería su nueva vida.

<<“Ya nos ha pasado antes, lo sabemos por experiencia”>> insistiera Connors.

<<Es cierto, no tenía por qué mentirme>> pensó Keylor, autoconvenciéndose de la certeza de las palabras del mayor. Se sentía frustrado porque el resultado de su programa de investigación periodística había terminado en la persecución, sin cuartel, de su

persona. <<Aun quieren saber, quien me ayudó a entrar y a salir...>> se dijo pensando en quienes estaban dispuestos y le darían caza, si se les ponía a tiro.

<<En el mejor de los casos, si las eternas gestiones de Stuart llegan a buen puerto y la burocracia da sus frutos... Siempre queda la posibilidad de que alguno de los pirados no se entere... Y vengan igualmente a por mí>> pensó volviendo al asiento.

- Cálculos terminados -informó la computadora de a bordo- ¡Plink!

<<Y sin considerar el tipo de programas que hago ahora... ¡Menudo desastre!>> remató decidiendo olvidar el tema por un rato, apretando de nuevo el botón del cinturón de seguridad y engancho el casco en la cabecera del asiento.

- Iniciando acercamiento a la Helios -indicó el piloto automático de la Chronos, encendiendo los motores.

Keylor observó la extraña belleza de la Estación Espacial Helios construida, como un logro tecnológico, a mediados del siglo XXI en plena carrera espacial. Actualmente orbitaba, según los indicadores de pantalla, a unos 600 kilómetros de altura, con el objetivo de minimizar la radiación espacial gracias al alcance de la magnetosfera terrestre.

La Helios había sido diseñada pensando en largas estancias en el espacio, como residencia transitoria para empresarios extravagantes, estrellas de la música, deportistas de élite y actores de talla planetaria. Desde aquel entorno privilegiado podrían disfrutar de las mejores vistas de la Tierra sin renunciar a las comodidades terrestres ni a la intimidad. En su época había sido todo un éxito.

Construida por la NASA en casi una década para el consorcio global hotelero Corporación Parrot. Ostentaba el record de ser la primera estructura de uso turístico en el espacio en contar con su propio

campo gravitatorio lo cual, combinado con el uso de trajes de protección gravitatoria, limitaba los enormes inconvenientes que la ingravidez y el espacio causan en la salud humana.

La NASA había ensamblado sus grandes segmentos circulares de noventa metros de diámetro en el astillero espacial de su base lunar, aumentando la duración de los plazos de entrega pero minimizando los riesgos de impactos e imprecisiones que habrían implicado haber hecho el mismo trabajo en órbita. El resultado había sido óptimo, creando una estructura que resistía indemne, con el adecuado mantenimiento, el paso de los tiempos. El interior parecía a los ojos de cualquiera totalmente uniforme, de una sola pieza, necesario para una manufactura hotelera de las características de la Estación Espacial Helios.

La enorme estación estaba cubierta de tejido fotovoltaico para cubrir la demanda energética y se dividía en dos módulos principales.

La zona del hotel Helios era un cilindro de diez plantas con gravedad reducida que contaba, aparte de las distintas tipologías de habitaciones, con áreas comunes, el distribuidor, módulo médico, centro comercial, multitud de elevadores para desplazarse, miradores electrónicos en los pasillos y la enorme sala Elea que ocupaba media planta, en forma de cúpula, en la cabecera de la estación. La doble capa exterior del hotel servía para proteger aun más a los visitantes del frío y las radiaciones cósmicas. En todas las plantas había una enorme cantidad de espacio útil. La zona central estaba atravesada por el brazo rotatorio que hacían girar la estación a noventa revoluciones por minuto para así generar poco más de un tercio de la gravedad terrestre en su interior.

Al hotel le seguía la zona fija de mucho menor diámetro y carente de gravedad, que resultaba una extraordinaria estructura al ensancharse a medida que se alejaba del hotel. Eso hacía que la Estación Espacial Helios pareciera, en su conjunto, una extraña piruleta de ochocientos metros de largo. Allí estaba la maquinaria del brazo rotatorio y los motores de propulsión principales junto con el puesto de mando de

navegación, el módulo de experimentación, las reservas de agua, comunicaciones, el telescopio, almacenes, equipos de reparación, los tanques de combustible y el puerto espacial.

Keylor miraba en la pantalla electrónica cómo la parte superior de la estación espacial giraba a toda velocidad. Le parecía increíble que en el interior solo percibieran la gravedad. <<Misterios de la física>> pensó observando los chorros de hidrógeno, que salían de los laterales de la Chronos para corregir su rumbo.

<<Encarando la entrada al puerto espacial de la estación>> indicó el piloto de la aeronave. La pantalla electrónica de cabina mostró las enormes puertas de entrada a la Helios mientras se abrían.

<<Adelante Chronos>> comunicó el control automático de la estación.

Hileras de luces tintineantes de color verde marcaban las muchas puertas de embarque del puerto espacial. A la entrada un gran letrero de color azul, que simulaba los neones terrestres, recibía a los viajeros: “Bienvenidos a la Estación Espacial Helios, a su servicio desde 2057”.

<<Muy pocas naves estacionadas>> pensó Keylor, sintiendo algo de cansancio. <<Serán suficientes, esta estación es un emblema para la Corporación Parrot>> se dijo despreocupado, deseando llegar a la *suite* para descansar en su saco espacial.